

Prejuicios y evolución Natasha Walter

Natasha Walter es autora de *The new feminism* y colaboradora de *The Guardian*.

Hace algunos años, el camino hacia la igualdad sexual parecía estar avanzando —no a toda prisa, pero con cierto impulso. Cuando escribí mi libro *The new feminism* en 1998 (poco después de la publicación de *Fire with fire* de Naomi Wolf, en el que latía un sentido similar de optimismo en Estados Unidos, durante los primeros años de la administración Clinton), existía un fuerte sentimiento de que las viejas tradiciones se estaban resquebrajando y abriendo el camino a una sociedad más igualitaria.

Muchas de las razones de este optimismo continúan entre nosotros. No se ha cedido ninguna de las oportunidades y las libertades que las mujeres han ganado en las generaciones recientes. Pero el sentido de energía que acompañaba a aquellas mujeres, las cuales encontraban abiertas puertas que no lo habían estado para sus madres, ha empezado a convertirse en un callado fatalismo.

Cuando las mujeres miran a su alrededor, pueden ver que la igualdad completa es todavía una promesa lejana. En Inglaterra, las mujeres que trabajan de tiempo completo ganan sólo 85% del salario promedio de los hombres; las mujeres conforman únicamente 4% de los puestos de dirección ejecutiva de todas las compañías que cotizan en la bolsa; sólo uno de los doce jueces con mayor antigüedad es una mujer. Es más probable que las mujeres ganen menos: en el año 2001, 30% de las empleadas obtenían por debajo de 4.86 libras por hora, comparado con 18% que recibían los hombres. Mientras tanto, las mujeres dedican el doble de tiempo que los padres al trabajo no remunerado de la casa.

Y cada vez más mujeres están hablando sobre la dificultad de combinar la carrera y la vida familiar. Cuando las mujeres se retiran al hogar, esto se celebra a menudo como la victoria de una opción, aunque se pasan por alto las presiones que refuerzan esas opciones. Kate Reddy, la heroína de la novela sombríamente cómica *I don't know how she does it*, es un patrón de los logros feme-

ninos contemporáneos. Se ha abierto un camino en el trabajo bien remunerado, en contraste con el hogar del que proviene, en el que se usaba a las mujeres para las labores no especializadas y mal pagadas o el trabajo no remunerado en la casa. Aunque Kate se ha beneficiado de los cambios que permiten a las mujeres un mayor acceso al poder y la riqueza —la expansión de una mejor educación, el retraso del nacimiento de los hijos—, aun así abandona su brillante carrera. ¿Por qué? “Porque tengo dos vidas y no tengo tiempo para disfrutar ninguna de ellas”, y “Porque convertirse en hombre es desperdiciar una mujer.”

Esas decisiones de retirarse del mundo del trabajo a menudo están forzadas, como en el caso de Kate Reddy, por el fracaso de los hombres en jugar un papel más completo en el hogar, o de los empleadores en crear vidas laborales flexibles. Aun así, se ha puesto de moda entre los comentaristas argumentar que las diferencias innatas entre hombres y mujeres son la causa de sus distintos estilos de vida.

Por ejemplo, el año pasado Catherine Hakim del London School for Economics (LSE) publicó *Key issues in women's work*, un libro sobre por qué las mujeres se comportan de manera muy distinta a los hombres en la fuerza laboral. Ella sugería que incluso en una sociedad con políticas que posibiliten a hombres y mujeres comportarse de la misma manera, muchas mujeres elegirán salir del trabajo pagado una vez que tienen hijos: “Incluso si la discriminación sexual se eliminara completamente, continuarían las diferencias de sexo en el empleo.” La evidencia en el libro de Hakim fue citada como prueba de que en cualquier sociedad las mujeres elegirán libremente opciones que las dejarán fuera del poder. Ella tomó Suecia como ejemplo —se han establecido políticas para asegurar la igualdad, y aun así persiste la desigualdad, pues las mujeres conforman sólo 7% de los directores de las compañías privadas.

Éste es un argumento superficialmente convincente. Pero incluso en Suecia

no se han establecido las condiciones para la igualdad completa. Muchas mujeres se sienten frustradas por el hecho de que los hombres no están dando pasos en el hogar que reflejen los pasos de las mujeres en el lugar de trabajo. La previsión de cuidado infantil, reputada como completa, consiste sólo en un servicio inflexible de guardería, de modo que es casi imposible para las mujeres que tienen hijos tomar empleos que les exijan mucho tiempo en el sector privado. Todavía no existe la libre elección, como varios grupos de mujeres suecas me dijeron apasionadamente cuando visité el país a comienzos de este año.

Lo mismo es claramente cierto en Inglaterra. Simplemente no podemos decir que las desigualdades que existen todavía son resultado de las diferencias innatas entre hombres y mujeres, cuando las presiones externas—desde la inflexibilidad del trabajo bien remunerado y la manera desigual en que se asignan los permisos a los padres, hasta las expectativas sociales que recompensan ciertas conductas en los hombres y otras conductas en las mujeres— todavía tienen tanto peso.

La creencia en la naturaleza innata e inflexible de la desigualdad ha sido fortalecida por las teorías evolucionistas sobre la naturaleza humana y por las teorías genéticas sobre los rasgos heredados que a menudo se basan en ideas muy tradicionales sobre la naturaleza masculina y femenina. Aunque no todos aquellos que defienden estas teorías las usan para argumentar que es imposible lograr más cambios sociales, la inercia que estas teorías ayudan a crear es difícil de resistir.

Cuando Lawrence Summers, presidente de Harvard, ofreció su famoso discurso en enero, con respecto a la escasa representación de las mujeres en los departamentos de ciencia e ingeniería, expresó muy poderosamente la idea de que la desigualdad restante está basada en diferencias innatas. Summers dijo que su “mejor conjetura” con respecto a lo que se encontraba detrás de que continuara

la desigualdad en la ciencia y la ingeniería era que el “fenómeno más amplio” sería “el choque general entre los deseos legítimos de la gente de tener una familia y el deseo común de los empleadores de alto poder y alta intensidad”. Pero también dijo que había “temas de aptitud intrínseca”. Aunque la indirecta iba contra la “socialización y la continua discriminación”, llamó a éstos “factores menores”.

En muchos lugares, incluso en la izquierda, a Summers se le celebró por haber hablado como lo hizo. Un columnista del periódico *The Guardian* dijo que se había atrevido a defender una “teoría impopular”. “El furor de la libertad de expresión se desata en Estados Unidos”, decía *Al-Jazeera*. “Summers tenía razón”, proclamaba Helena Cronin del *LSE*. El partidario más influyente de Summers dijo incluso que había roto un tabú: Steve Pinker, el profesor de psicología de Harvard, escribió en *The New Republic*: “En algún punto de la historia del moderno movimiento femenino, la creencia en que los hombres y las mujeres son indistinguibles psicológicamente se volvió sagrada... La tragedia es que esta mentalidad de tabú coloca sin necesidad una causa loable en una carrera de colisión con los hallazgos de la ciencia y el espíritu de la libre investigación.”

Sería ciertamente una lástima si las feministas estorbaran el camino de la ciencia y el espíritu de la libre investigación. Pero no lo hacen. Las feministas se clasifican desde aquellas que creen que toda diferencia de género es creada socialmente, a aquellas que argumentan que las mujeres son por naturaleza más empáticas y pacíficas, menos lógicas y dominantes, mejores para tejer y soñar que los hombres, y eso es por lo que deberían dominar el mundo. Muchas femi-

nistas probablemente estarían de acuerdo en que efectivamente pueden haber diferencias innatas, pero todavía no nos encontramos en posición de saber cuáles son. Lejos de ser tabú, es difícil en nuestra cultura escapar a la idea de que las diferencias psicológicas innatas guían las conductas masculina y femenina.

Se dice que Summers tomó sus puntos de vista de un capítulo del libro muy aplaudido de Steven Pinker, *The blank slate*. En este libro, Pinker se basa en una revolutura de observaciones sobre la cultura actual con afirmaciones sobre los efectos de los genes y las hormonas para argumentar que los machos y las hembras están programados de maneras



muy diferentes para realizar cosas muy diferentes en la vida. Desafortunadamente para Pinker, mientras que sus observaciones sobre las diferencias entre la conducta de los hombres y las mujeres en la cultura actual son verdaderas—las mujeres están más atentas a los llantos de sus bebés y los hombres son mejores para lanzar cosas—, tiene que ser muy selectivo con la evidencia a fin de conectar todas esas diferencias con

la acción de los genes y las hormonas, más que con la educación y las expectativas sociales.

Pinker sostiene que las diferencias intelectuales entre hombres y mujeres son tales, que "el hecho de que más hombres que mujeres posean habilidades excepcionales para el razonamiento matemático y para manipular mentalmente objetos de tercera dimensión, es suficiente para explicar un alejamiento de la proporción de 50:50 entre los sexos, entre ingenieros, físicos, químicos orgánicos y profesores en algunas ramas de las



matemáticas". Su visión de que éste es el resultado de las hormonas, más que de la socialización, está apoyada por la afirmación de que las niñas con una enfermedad llamada hiperplasia congénita de la glándula suprarrenal (CAH), que significa que están sobreexpuestas a la hormona sexual masculina, andrógena, en el útero, "crecen como marimachos, con más juegos de golpes y caídas, mayor interés en los camiones que en las muñecas, mejores habilidades espaciales". Sin embargo, Melissa Hines —la profesora de psicología que preparó los estudios que mostraron que las niñas con CAH tenían un interés mayor en los

camiones que en las muñecas— señala en su libro de 2004 *Brain gender* que, "de siete estudios para evaluar las habilidades espaciales en mujeres con CAH, sólo tres encontraron evidencia de que las mujeres con CAH tienen mejor rendimiento que las mujeres no afectadas", y los estudios más amplios no muestran aquel resultado —de hecho, el segundo más amplio se encontró con el efecto opuesto. Ella encuentra frustrante que se ignore la gama de hallazgos: "Los escritores tienden a escoger y tomar los datos que quieren", me dijo.

Es revelador que Pinker recurra a menudo a ese tipo de citas selectivas sobre la evidencia de los efectos de las hormonas y los genes en el conocimiento y el carácter.

Por ejemplo, cita a un hombre que dice que después de una inyección de testosterona se siente agresivo y lujurioso, pero no cita los estudios que demuestran que no existe diferencia en los niveles de agresión entre hombres a los que se da testosterona y aquellos a quienes se les proporciona placebo. Dice que las fuerzas y debilidades cognitivas de las mujeres varían con la fase de su ciclo menstrual, de modo que sus habilidades espaciales son más débiles cuando sus niveles de estrógeno están altos. Sin embargo, no cita aquellos estudios que miden los niveles hormonales, más que los reportes de las mujeres sobre en qué momento de su ciclo menstrual se encuentran, los cuales han mostrado resultados conflictivos.

Si Summers se estaba basando en el trabajo de Pinker para apoyar su argumentación, no tuvo suerte —dio su discurso en un lugar donde mucha gente sabía que la hipótesis de que la desigualdad se explica a través de las diferencias innatas es demasiado simple

como para ser convincente. La bióloga Nancy Hopkins, que abandonó el discurso, me dijo: "Primero no podía creer lo que estaba escuchando. Estaba diciendo que una de las razones más importantes de que exista un pequeño número de mujeres en las facultades de ciencia, matemáticas e ingeniería es que les faltan las aptitudes para estas materias —estaba diciendo que las mujeres simplemente no las tienen. Pero no existe ni un pedazo de evidencia que apoye esto, a pesar de décadas de investigación. En contraste, tenemos décadas de investigación que demuestran que la socialización y los prejuicios de género juegan un papel poderoso a la hora de apartar a las mujeres de estas materias."

Muchos de los pares de Hopkins están de acuerdo con ella, porque si bien existen diferencias entre las habilidades intelectuales de hombres y mujeres —las más célebres son las habilidades espaciales y la fluidez verbal—, estas diferencias son pequeñas. Las grandes diferencias se encuentran confinadas a áreas de cognición casi absurdamente limitadas: las pruebas que implican la rotación de objetos tridimensionales muestran una diferencia significativa a favor de los hombres, pero tareas relacionadas como construir mentalmente formas a partir de bloques tridimensionales o imaginar cómo se verían formas desdobladas cuando estén dobladas muestran diferencias insignificantes. De manera similar, aunque se dice que las mujeres son excelentes en fluidez verbal, obtienen mejor resultado que los hombres en una medición que requiere escribir tantas palabras como sea posible con letras específicas, pero no en mediciones de vocabulario o comprensión de lectura.

Elizabeth Spelke, una psicóloga de Harvard que es una conocida líder en el campo de la cognición infantil, me dijo "30 a 40 años en el campo del desarrollo cognitivo en niños pequeños no han mostrado evidencias consistentes de que existan diferencias cognitivas entre los sexos que favorezcan a los hombres. Si

acaso, las niñas pequeñas a menudo obtienen mejor resultado que los niños en las pruebas de conciencia espacial temprana. Más adelante en la vida se pueden ver algunas diferencias en algunas pruebas de razonamiento matemático, pero esto sólo ocurre en áreas limitadas, es poco probable que se produzcan por factores biológicos y en conjunto no otorgan ninguna ventaja a los hombres.”

Si bien es verdad que en algunas áreas se aprecian diferencias entre las habilidades de hombres y mujeres, no hay razón para asumir que esto es inmutable. Una prueba matemática a la que sometió la OCDE a 250 mil jóvenes de 15 años en 2003 encontró que los hombres obtenían mejor resultado que las mujeres en la mayoría de los países, pero en siete de los treinta países de la OCDE no existía diferencia significativa de género en el rendimiento, y en Islandia las niñas eclipsaron a los niños por un margen significativo. Puesto que es poco probable que las niñas islandesas posean diferentes niveles hormonales que, digamos, las niñas estadounidenses, es mucho más posible que la cultura juegue un papel en esto.

Existen muchos estudios que nos muestran cómo la cultura refuerza los estereotipos de hombres y mujeres, y magnifica las suposiciones sobre los logros masculinos. Por ejemplo, investigadores en Princeton encontraron que cuando se audicionaba a los músicos para las orquestas, si tocaban detrás de una pantalla aumentaba en un 50% la probabilidad de que las mujeres fueran preseleccionadas, que si se veía a los candidatos. Investigaciones recientes han demostrado que la Universidad de Oxford discrimina a las mujeres que solicitan el ingreso, al aceptar más hombres que mujeres entre los solicitantes con grados equivalentes, aparentemente porque los tutores creen que las mujeres que salen bien en los exámenes son aplicadas, más que inteligentes. Melissa Hines señala que quienes defienden las diferencias innatas señalan de manera entusiasta el desempeño más alto de los niños en los SAT

(Pruebas de Valoración Escolar) en Estados Unidos, pero descartan fácilmente el desempeño más alto de las niñas en los exámenes de GCSE y nivel A en Inglaterra.

Y si bien son más los hombres que las mujeres que consiguen puntuaciones muy altas en la parte que abarca las matemáticas de los SAT en Estados Unidos, ésta no es la razón por la que las chicas no elijan inscribirse a ciencia o ingeniería como su profesión. Summers ha aceptado el punto de vista de que la gente que entra en estos campos debe tener puntuaciones muy altas en matemáticas, y puesto que no son tantas las niñas que obtienen estas puntuaciones, esto debería bastar para explicar su infrarrepresentación. Pero Catherine Weinberger, de la Universidad de California en Santa Bárbara, ha descubierto recientemente que sólo un tercio de los hombres blancos en la fuerza laboral estadounidense de ciencia e ingeniería alcanza altas puntuaciones en matemáticas, y que las mujeres con las puntuaciones más altas tienen sólo un 50% de probabilidades, al igual que los niños con puntuaciones más altas, de ir a ciencias o ingeniería. Existe, entonces, un fondo de talento sin explotar, de mujeres que poseen las aptitudes y no ingresan a ese campo por otras razones.

Cuando observamos la investigación realizada por Weinberger podemos ver por qué mucha gente en este campo se sentía furiosa respecto al discurso de Summers. Lo que realmente crispaba a los científicos del área era que, aunque Summers tratara despectivamente los factores sociales que podían estar frenando a las mujeres, existe una gran cantidad de investigación que demuestra los efectos negativos persistentes de la socialización y el estereotipo del rendimiento de las mujeres en muchos campos. Tomemos un estudio realizado recientemente en la Universidad de Waterloo en Ontario, Canadá, en que dos grupos de hombres y mujeres estadounidenses con aptitudes matemáticas equivalentes recibieron la misma prueba. Al primer grupo se le dijo que el uso previo de la prueba había demostrado

que los hombres y las mujeres obtenían iguales resultados en ella. Al otro grupo no se le dio ninguna información. Los investigadores, Diane Quinn y Steven Spencer, encontraron que hombres y mujeres se desempeñaron igual de bien en el primer grupo, pero que en el segundo grupo las mujeres no lo hicieron tan bien como los hombres.

Esto nos permite entender la manera en que las expectativas pueden detener el desempeño de una mujer: a falta de otra información, las mujeres del segundo grupo se desempeñaban bajo las expectativas cotidianas de que son menos capaces en matemáticas que los hombres. En el mundo real, las mujeres no experimentan estos estereotipos sólo en una situación de prueba, sino diariamente y en muchos aspectos. Un panorama reciente de Diane Quinn sobre algunas investigaciones demostraba que esas expectativas se transmiten a través de las generaciones: las madres tienden a subestimar las habilidades matemáticas de las hijas y sobrestiman las de los hijos. Un estudio sobre estudiantes de secundaria encontró que la retroalimentación que los niños dijeron a los investigadores que les habían dado sus madres, padres y maestros respecto a su habilidad matemática era más favorable que la reportada por las niñas.

Estas expectativas no se desvanecen una vez que las mujeres rompen el techo de cristal: las mujeres que trabajan en campos donde son minoría –en toda la ciencia y la ingeniería, así como en lo más alto de la mayoría de las profesiones– todavía hablan sobre las barreras que enfrentan. Nancy Hopkins encabezó un estudio en 1999 en el MIT que mostraba que los recursos proporcionados a científicos hombres y mujeres –incluyendo salarios, financiamientos para investigación y espacio de laboratorio– eran desiguales, y que las mujeres científicas de más alto nivel en el campus se sentían marginadas y no estaban al corriente de la toma de decisiones. Lo más asombroso de ese estudio era lo sorprendidos que se encontraban los hom-

bres con él. "Me quedé tieso en mi silla", dijo el presidente de MIT, Charles Vest, después de escuchar la evidencia. Hasta que se realizó ese estudio, la gente había asumido que la ausencia de personal académico femenino en el MIT se debía a falta de aptitud e interés –tal como se asume a lo largo de Inglaterra y Estados Unidos.

El discurso de Summers no es un ejemplo particularmente inusual de la confianza negligente en las diferencias innatas como explicación de las realidades de nuestra cultura. Provocó un alboroto debido a quienes lo estaban escuchando y por el hecho de que lo dijo con franqueza en la cara de las mujeres en lugar de simplemente dejar que tiñera sus expectativas y su conducta. Pero donde quiera que uno mire encuentra la misma insistencia en que la cultura se basa en el comportamiento de nuestros genes, las estructuras evolutivas de nuestros cerebros y la influencia de nuestras hormonas.

Cuando Simon Baron-Cohen publicó un libro el año pasado, *The essential difference*, en el que afirmaba que "el cerebro femenino está integrado de manera predominante para la empatía, el cerebro masculino está integrado de manera predominante para entender y construir sistemas", atrapé el ánimo del momento. El experimento de su equipo con bebés de un día de vida, y el hallazgo de que los bebés varones miraban un móvil durante más tiempo y las bebés miraban durante más tiempo una cara, ha sido citado en la prensa de manera repetida desde la publicación de su libro. Elizabeth Spelke es una experta que se mantiene escéptica con respecto al hecho de que este experimento merezca tanta atención. "Éste es un experimento aislado", me dijo. Sus hallazgos le hacen mosca a docenas de estudios sobre aspectos similares de cognición llevados a cabo en bebés pequeños durante décadas. Es sorprendente cuánto ha sido citado este estudio, cuando son ignorados muchos estudios que no muestran ninguna diferencia entre sexos, o una diferencia en la otra dirección. Para

Baron-Cohen, una de las principales evidencias de la distribución desigual entre hombres y mujeres de los llamados tipos cerebrales E y S se basaba en cuestionarios completados por adultos en que se describían a sí mismos, la clase de prueba tan conocida por los lectores del *Cosmopolitan* y el *Daily Mail*. Esas afirmaciones reflejarán las diferencias conformadas por las suposiciones culturales y la socialización; es difícil ver lo que nos dicen sobre las diferencias innatas. Sin embargo, se han convertido en un punto de referencia de moda y a comienzos de este año la princesa real, en un discurso en pro de las Mujeres en la Ciencia y la Ingeniería citó la investigación de Baron-Cohen como prueba de que de cada diez hombres, seis tienen mentes sistematizadoras. Esta clase de ciencia se ha convertido en cultura popular, excediendo a menudo las intenciones de quienes realizaron el trabajo original. Pero se está utilizando para reforzar modelos tradicionales de conducta, especialmente los relacionados con el trabajo.

Las expectativas sociales tienen mucho peso en los hombres y las mujeres jóvenes, y las expectativas son en muchos sentidos más convencionales hoy de lo que eran hace diez o veinte años. Es particularmente cuando tienen hijos que las mujeres se encuentran con la manera en que la sociedad refuerza las expectativas tradicionales respecto a su conducta. Descubren que muchas presiones –incluidos el patrón de trabajo de su compañero varón, las expectativas de su empleador y la estructura del permiso de paternidad– hacen difícil combinar el trabajo y el hogar sin dar a su trabajo pagado una prioridad menor que sus colegas hombres. En ese contexto, la reiteración de los estereotipos con respecto a la mayor capacidad de los hombres para sistematizar y competir encaja con otras presiones en la conducta de las mujeres para producir resultados muy diferentes en las mujeres y en los hombres.

Igualmente poderosas son las presio-

nes ejercidas sobre los hombres para continuar en un estilo de vida tradicional. Algunos pedagogos argumentan que el miedo a la feminidad en los hombres jóvenes es más acusado que nunca y detiene los logros educativos, ya que estudiar se ve a menudo como cosa de niñas. Más tarde en la vida, el impulso de la competitividad en el lugar de trabajo se mitifica como algo que está ligado a los altos niveles de testosterona y masculinidad. Se dice a los hombres que los triunfadores atraen a más mujeres, incluso a pesar de que la evidencia demuestra que conforme las mujeres lentamente se vuelven más capaces en el trabajo, empiezan a preocuparse menos respecto al estatus económico de sus compañeros.

A menudo a los hombres se les dificulta optar por adentrarse más profundamente en la vida doméstica, por sentir que le falta estatus y aprobación pública. Mientras que las ganancias de realizar una revolución social estaban claras para las mujeres –obtendrían estatus e ingreso económico, y visibilidad al desplazarse más allá del hogar–, las ganancias de la revolución social paralela son difíciles de ver para los hombres, ya que significan que pierdan estatus, visibilidad e ingreso. La idea de que los hombres son naturalmente menos empáticos también conduce a un fatalismo con respecto a su papel. Aun así, existe mucha evidencia de que incluso ser empático y bueno para la paternidad es una conducta aprendida.

Es verdad que, como señaló Steven Pinker, en nuestra cultura las mujeres responden más fácilmente al llanto de sus hijos, pero no hay más que decir al respecto, sino que ello no se debe a otra cosa que a la práctica y la socialización. En una cultura donde la mayoría de los hombres regresan a trabajar directamente después del nacimiento de sus hijos, sería extraordinario que se las arreglaran para permanecer tan alertas en relación a sus necesidades como las mujeres que permanecen en casa. En una prueba realizada con adolescentes,

aunque las chicas afirmaban que les gustaban los niños más de lo que los muchachos decían que les gustaban, cuando se les dejaba a solas con un bebé que lloraba, sus respuestas no eran diferentes. Las mujeres pueden dar fe del hecho de que cuidar hijos es un proceso difícil, complicado, no siempre es un rol natural y fácil; es un papel que las mujeres aprenden a menudo con grandes esfuerzos y frustración.

Para revivir el ímpetu del movimiento



hacia la igualdad, necesitamos desafiar la influencia de la escuela de la "naturaleza humana". Las diferencias de cognición que se pueden observar entre hombres y mujeres son pequeñas; si son o no innatas es una pregunta abierta, e incluso si son innatas no necesitan ser inmutables. La mayoría de los científicos en este campo están de acuerdo en que la disputa naturaleza-educación es irresoluble, puesto que ambas interactúan constantemente.

Es fácil para la ciencia, especialmente para la psicología y la biología, ser utilizada al servicio de la ideología. El propio Darwin decía que algunos de los

rasgos de las mujeres "son características de las razas inferiores, y por lo tanto de un estadio anterior e inferior de la civilización". Él concluía que el hombre alcanza "una eminencia más alta en cualquier cosa que emprende, de lo que puede la mujer —ya sea que requiera pensamiento profundo, razón o imaginación, o simplemente el uso de los sentidos y las manos".

La ciencia de la evolución en aquella época tomaba en consideración el *status quo* y asumía que nada cambiaría jamás. Pero las feministas que hicieron campaña por la reforma triunfaron en tal medida en transformar las

expectativas de la sociedad con respecto a las mujeres, que los científicos de hace cien años probablemente lo considerarían como un cambio en la naturaleza humana.

Afortunadamente, a pesar de las presiones actuales sobre los hombres y las mujeres jóvenes para cumplir con las expectativas tradicionales, no vivimos en una sociedad simple. Mientras que el optimismo de hace una década ya no es evidente, el movimiento hacia la equidad no se ha

estancado completamente. Una distribución más igualitaria del cuidado de los hijos e incluso del trabajo doméstico es algo que todavía desean muchos hombres, tanto como las mujeres. En las encuestas, los hombres jóvenes dicen que quieren ser mejores padres que sus padres. Cerca de tres cuartas partes de los hombres jóvenes ingleses —el mismo porcentaje que de mujeres jóvenes— dicen que si les fuera económicamente posible, les gustaría quedarse en casa a cuidar a sus familias. Y tres cuartas partes de los hombres jóvenes les dicen a los encuestadores que las asignaciones para las ausencias por paternidad en In-

laterra son demasiado bajas. El gobierno está proponiendo políticas más igualitarias respecto a los permisos de paternidad, pues sabe que la presión todavía empuja hacia adelante, más que hacia atrás. Y recuerden que en Inglaterra los hombres jóvenes que laboran de tiempo completo pasan alrededor de una hora al día cuidando a sus hijos. Puede sonar miserable, aunque no comparado con los 15 minutos que pasaban hace treinta años: si el tiempo continuara cuadruplicándose cada treinta años, la paternidad igualitaria sería una realidad para nuestros nietos.

En una charla reciente que di en Suecia sobre el futuro del feminismo, el embajador inglés me dijo durante la sesión de preguntas posterior, que realmente debería aceptar que los hombres no estaban programados para cuidar a sus hijos de la misma manera en que lo están las mujeres. La siguiente pregunta provenía de un joven empleado varón de la embajada británica, quien me dijo que él había querido tomar más de dos semanas de permiso de paternidad durante el reciente nacimiento de su hijo, pero no había podido hacerlo porque la embajada debía seguir la ley laboral inglesa en lugar de la sueca. "¿Apoyarán las feministas el deseo de los hombres de cuidar a nuestros hijos?", preguntó, para vergüenza del embajador. La tensión en el cuarto entre la vieja guardia y los nuevos deseos era clara.

Si los humanos somos algo de manera innata, somos innatamente adaptables: aunque podemos haber evolucionado para adaptarnos a cierto medio ambiente, a lo largo de los milenios la gente ha invertido pasión, energía e inteligencia para transformar ese medio ambiente de acuerdo con sus insatisfacciones y sus deseos. Si escuchamos a las voces de esperanza más que a aquellas de la inercia, podemos recordar que no sólo somos los sirvientes del pasado, sino también los arquitectos del futuro.

©Prospect, núm. 111, 2005.

Traducción: Ana García Bergua.